

## UN RECUERDO Á BRAVO.

Por cerrar el paso al miedo, y poner en un extremo la muerte y en el otro la victoria, dió Hernán Cortés sus naves al través en la playa de Clalchiucuecan, donde fundó la Villa rica de la Veracruz; y por juntar á recuerdo de tal hazaña el del pueblo donde nació, quiso alzar, no léjos de aquella ribera y á orillas de sonoro y limpio río, un lugar con el mismo nombre de Medellín de aquel en que vió la luz primera. Era, pues, Medellín recuerdo de un grande hombre y de una grande hazaña, y cuando en las noches tranquilas se oía á lo léjos el tumbo de la mar, creyérase escuchar el nombre de Cortés murmurado con lenguas de olas allí mismo donde hundiera sus naves.

En una de esas noches, acampando en Medellín las tropas insurgentes, y oyendo acaso ese lejano canto de gloria que entonaba la mar, Nicolás Bravo, á cuyo padre habian dado garrote vil en México los españoles, y que habia recibido orden del insigne Morelos de fusilar por represalia á todos los prisioneros que en su poder tenia, iba á realizar hazaña mayor que la de Cortés, y cerrando el paso al rencor y poniendo en un extremo la justicia y en el otro la inmortalidad, dió al través con las naves de su venganza; y á la siguiente mañana castigaba la muerte de su padre con el perdon y la libertad de todos los enemigos prisioneros.

Hoy Medellín recuerda á Bravo y á Cortés; pero Bravo es superior á Cortés, tanto como es superior la piedad al triunfo. Por ese recuerdo debia llamarse aquel pueblo "Medellín de Bravo y de Cortés."

México, 1886.

ALFREDO CHAVERO.

## CÉSAR Y BRAVO.

Bis vincit qui se vincit in victoria.  
PUBLIUS SYRUS.

De vencedor logró dos veces gloria  
Quien triunfó de sí mismo en la victoria.

No faltará quien censure, ó por lo ménos extrañe que haya yo puesto por título á las presentes líneas los nombres de César y Bravo, juzgando que me he extremado en la alabanza del segundo con sólo indicar que guarda algun linaje de paralelismo con el primero. Y mayor será la extrañeza, si se pára la consideracion en las proezas portentosas del general romano, que llevó sus águilas triunfadoras desde un extremo de la Bretaña hasta la Etiopia; ó bien si se mira á su claro entendimiento y á los talentos peregrinos de orador, historiador y político de que dió siempre clara y larga muestra.

Sin embargo, hay otras dotes comunes á los dos héroes, y en ellas excede con mucho el patricio mexicano al Dictador de Roma. En ambos arde el fuego santo del amor patrio; pero al fin César busca en la grandeza de Roma su propio engrandecimiento, y al pasar el Rubicon inmola la paz pública en aras de su ambicion personal. Para él la guerra civil ó extranjera es el camino de los honores, de la gloria y del poder; y si triunfa en las Galias, despues en los campos de Farsalia, más tarde en África, y por último en España, tiene por mira ser aclamado señor y dueño único del mundo.

Mas el caudillo mexicano al empuñar la espada, temple su alma en llama de puro y acendrado patriotismo; si algo codicia para sí es sólo darse patria;



y para lograr un bien tan alto, sacrifica toda ventaja y todo provecho personal. En medio de los peligros y fatigas de la guerra, no tiene en perspectiva ni la dictadura ni el consulado; á su vista se levanta más bien el cadalso, como altar donde se ofrezca en holocausto por la libertad é independencia de México; pues tal es el término á que se llega en guerras de exterminio, como fué la de nuestra emancipacion. Durante ella, inflamadas pasiones señoreaban los ánimos y anublaban aun los más claros entendimientos, y por esto maravilla que entre tantos combatientes haya uno al ménos clemente y misericordioso, cuya generosidad sin ejemplo puso asombro en sus contemporáneos, y lo pondrá asimismo en las generaciones venideras. El General D. Nicolás Bravo es el único que sabe perdonar al enemigo de la patria, que por una terrible desventura lo es tambien personalmente suyo.

Nadie ignora que Morelos ofreció la libertad de ochocientos prisioneros por alcanzar la del General D. Leonardo Bravo, padre de D. Nicolás; pero desoyendo el Virrey esta propuesta, condenó al jefe insurgente á muerte de garrote, y la sentencia fué ejecutada en la capital de la entónces Nueva España. Al punto comunicó Morelos á D. Nicolás Bravo tan lamentable suceso, ordenándole fusilase á los trescientos realistas que habian caido prisioneros en la funcion de armas de San Agustin del Palmar.

No se necesitaba tener un conocimiento muy profundo del corazon humano para predecir la suerte que el Gobierno colonial deparaba con su conducta á los españoles vencidos por Bravo; el Virrey mismo habia privado á los suyos de toda esperanza de salvacion, y el hijo atribulado, para vengar la muerte de su heróico padre, sólo tenia que cumplir una orden terminante del General en jefe, la cual no podia desobedecer sin contraer grave responsabilidad. ¡Cuál no seria, pues, la sorpresa, cuánto el júbilo, y qué íntima la gratitud de los trescientos prisioneros, que á punto ya de ser sacrificados, en vez de oír la orden de fuego, escucharon de los labios del General Bravo palabras de perdon que harán perdurable la memoria de quien las pronunció! Hecho tan extraordinario es superior á todo encomio; y apénas estimaria yo alabanza proporcionada á tamaño heroismo, la que estuviese calcada en el magnífico elogio que Ciceron hizo de César cuando éste perdonó á Marco Marcelo. El arrebatado entusiasmo con que el orador romano celebró por extremada y elocuente manera la generosidad del vencedor de Pompeyo, á no dudar, habria hallado objeto más digno en la conducta admirable del General Bravo. A él tambien se le puede decir: "Suelen algunos apocar las glorias militares, arrebatárselas á los caudillos, y hacer partícipes de ellas á quienes éstos tienen por conmillitones. Y en efecto, el valor de los soldados, las armadas poderosas, las ventajas de

las posiciones, las provisiones abundantes mucho ayudan; la misma fortuna muchas veces se adjudica como por derecho propio la mayor parte de la gloria. Sin embargo, la que has alcanzado hace poco, por grande que sea, y lo es mucho, toda te pertenece. De tan alto merecimiento nada reclaman para sí el general ó el centurion, nada la infantería, nada tampoco la caballería. No se presenta á compartir contigo esta gloria, ni aun la misma fortuna, árbitra soberana de los acontecimientos humanos; ántes bien, declara que toda es enteramente tuya, pues jamas ha pactado alianza la temeridad con la sabiduría, ni la prudencia ha tomado consejo del acaso. Has subyugado naciones crueles hasta la barbarie é incontables por su muchedumbre, que desparramadas por infinitas regiones, estaban provistas de todo linaje de recursos; pero al fin venciste lo que por su naturaleza y condicion podia ser vencido . . . mas triunfar de tí mismo, sosegar la ira, moderar la victoria, levantar al enemigo caido . . . son acciones tales, que quien las ejecute, segun yo creo, no es igual á los héroes, sino muy semejante al mismo Dios. Ciertamente que tus hazañas serán celebradas no sólo en nuestro idioma, sino en las lenguas de casi todas las naciones, sin que haya siglo que pase en silencio tus alabanzas. Sin embargo, no sé por qué cuando se leen estos hechos, creemos que aún somos asordados por la vocería de los combatientes y por el estrépito de las trompetas. Mas cuando leemos ó escuchamos que se ha obrado con clemencia y mansedumbre, con moderacion y sabiduría, mayormente en medio de la ira que es enemiga del consejo, y en la victoria que es de suyo soberbia y arrogante, ¿con qué encendido afecto amamos aun á aquellos á quienes jamas hemos conocido?"

El grandilocuente panegírico que acabo de traducir, y que puede aplicarse al inmortal Bravo, en cuanto no se refiera á la gloria militar, oscurece cualquier elogio que yo presumiera hacer del rasgo de clemencia que ha legado á la admiracion de la posteridad. Sólo haré notar que nuestro héroe tiene más merecida tan cumplida alabanza, que aquel mismo á quien fué dirigida. César perdona á los enemigos políticos que le habian sido contrarios como hombre público, pero que hasta entónces no habian ofendido al hombre privado ni en su persona ni en su familia. Es verdad tambien que la clemencia del Dictador alcanzó asimismo á muchos millares de prisioneros hechos en la batalla de Farsalia, y que todavia en lo más recio del combate mandaba á los suyos no matasen á los romanos; pero ¿se habria conducido con la misma lenidad si se hubiera hallado en circunstancias idénticas á las del General mexicano? ¿No es creible que en tal caso habria vuelto Roma á los dias luctuosos de Sila y Mario? Si César perdonando á sus enemigos se venció á sí mismo, más glo-



rioso fué el vencimiento de Bravo, que desoyó la voz imperiosa de la naturaleza por seguir las inspiraciones nobilísimas de su magnánimo corazón.

Creo, por tanto, que no voy descaminado, si pongo punto á estas líneas aplicando á varon tan preclaro lo que Publio Siro dijo en el siguiente verso:

*Iracundiam qui vincit hostem superat maximum.*

Al mayor enemigo habrá vencido  
Quien de la ira el furor ha reprimido.

México, 1886.

RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.

AL INMORTAL DEFENSOR

DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO

NICOLÁS BRAVO.

¡Gloria á tí, valiente caudillo de la Patria! ¡Gloria á tí, ilustre vencedor del Palmar! ¡Pero mayor gloria todavía á tí como sublime vencedor de tí mismo; á tí, héroe entre los héroes; á tí, que cuando todo te incitaba á la venganza, tu deber como soldado y tu dolor como hijo, supiste hallar en tu alma elevada algo que te hiciera olvidar por un momento tu dolor y tu deber, para recordarte sólo que eras hombre, inclinándote á pronunciar esa palabra divina que se llama perdon! Bravo entre los bravos por tu valor indomable, tienes, sin embargo, en ese terreno numerosos émulos; pero en la mayor de tus hazañas y heroicidades, en el triunfo que alcanzaste devolviendo en tan terribles circunstancias la vida y la libertad á tus trescientos prisioneros, no tienes ni tendrás acaso rival en la Historia. Por eso, si México agradecido te ha declarado Padre de la Independencia y Benemérito de la Patria, la humanidad entera te proclamó grande, noble y generoso, y la posteridad te admira, te respeta y te bendice.

México, 1886.

R. MANTEROLA.



## A LA MEMORIA

DEL

## GENERAL NICOLÁS BRAVO.

Al saber que á tu padre asesinaron,  
Ébrios de heróica sangre los iberos,  
Perdonaste á trescientos prisioneros,  
Que pronto libres á su hogar tornaron.

En premio á tal accion, te encadenaron  
Los de Castilla *nobles* caballeros,  
Y *grandes*, y *magnánimos* guerreros  
En hondo calabozo te encerraron.

Allí tres años, el dolor fecundo  
Del mártir soportaste, entre la saña  
De negra ingratitud, reptil inmundo.

¡Duerme en paz, héroe! tu sublime hazaña  
Ha escrito al fin ante la faz del mundo:  
¡Gloria á tu suelo, y maldicion á España!

México, 1886.

HERIBERTO BARRON.

AL BENEMÉRITO

## GENERAL NICOLÁS BRAVO.

Alza del polvo tú laureada frente,  
Sombra bendita, que la Patria mia  
De hinojos te saluda reverente  
Como saluda el universo al día.

Alza del polvo, mira que no en vano  
Los siglos pasarán con tu renombre,  
Que el mismo Dios con poderosa mano  
En México trazó tu excelso nombre.

¡En pié, generaciones! Ya aparece  
Abierto el libro de inmortal Historia;  
La lira de los bardos se estremece  
Para cantar de Bravo la memoria;

Del héroe que en sus sienes fulguraba  
La corona del genio preeminente,  
Del héroe que en su pecho palpitaba  
Un corazon magnánimo y valiente;

El soldado del Sur, de eterna fama,  
Que en el combate atronador decia:  
“No es Nueva España, México se llama  
“La virgen de Anahuac, la patria mia.”



Elevóse su acento á la morada  
Del infinito Sér que ama y perdona:  
Vimos el cetro convertirse en nada,  
Vimos rodar al suelo la corona.

Del porvenir rasgóse el negro velo;  
La Libertad, cual cóndor soberano,  
Sus alas al batir en nuestro suelo,  
Hizo feliz al pueblo mexicano.

¡Salve, Patria querida! la victoria  
Frá regando luz en tu camino;  
Sublime es tu pasado, esa es tu gloria,  
Que luchar y vencer es tu destino.

Y tú, noble caudillo, que sentiste  
De libertad el fuego, y grande, ufano  
Luchaste con Labaqui, lo venciste,  
Como sabe vencer el mexicano;

Mil veces con terrible poderío  
Tu mano valerosa y denodada  
Hizo pedazos con ardiente brío  
La bandera amarilla y nacarada.

Rugiente como un león en la campaña,  
Y perdonando al infeliz vencido,  
Tambien tu nombre lo bendijo España  
Como en México es hoy esclarecido.

Tus heróicas virtudes han dejado  
En nuestra patria sus eternas huellas:  
Para escribir, guerrero, ese pasado  
Pidámosles su luz á las estrellas.

Alza del polvo, sombra venerada,  
Y del sueño eternal rompe la bruma;  
Hoy te saluda amante, entusiasmada,  
La patria del ilustre Moctezuma.

Rasga la oscura niebla, quiero verte  
En el diáfano cielo donde brillas:  
¡Vates, cantad! y ante su altar de muerte,  
Ilustres mexicanos, ¡de rodillas!

Yantepec, 1886.

MATILDE HOYOS MARIN.

CAPITULO  
B  
7